

Pontificia Universidad Católica de Chile

Facultad de Filosofía

Instituto de Estética

Crítica de las Artes Visuales

Profesora Paz López

10 de julio, 2020

## **El *Titanic* de Claudia Bitrán: el consciente fracaso de una tarea imposible**

*Valentina Fuentes*

Hace unos días, con motivo del Día del Orgullo LGBTQ+, la artista visual chilena radicada en Estados Unidos, Claudia Bitrán, publicó en su cuenta de Instagram un grupo de imágenes de su proyecto "*Titanic, a deep emotion*". El proyecto, iniciado el año 2014, consiste en un *remake* experimental de la película de James Cameron de 1997, en donde la artista, además de dirigir y crear las escenografías y utilería, también actúa como protagonista. De modo que mientras que los soportes, técnicas, actores, etc. cambian a lo largo de la película, la única constante es Bitrán en el papel de Rose y su madre.

A punta de becas, residencias, cualquier fondo concursable, Bitrán sigue, hasta hoy, trabajando en esta reconstrucción de estética conscientemente amateur, de quien sabe no tener los recursos para alcanzar las dimensiones del proyecto que imita, pero que tampoco busca hacerlo. El *Titanic* de Cameron es perfecto en su formato hollywoodense, de alfombras rojas y grandes presupuestos, pero también en su impersonalidad. Impersonalidad en su sentido de universalidad, si así puede decirse. Llega a todas partes, crea una respuesta emocional en todas partes. "Busqué como punto de partida el espectáculo más general, la historia más conocida, más parodiada y manoseada porque, usando algo que todos conocen,

pensé que podría comunicar mis ideas de manera muy directa”<sup>1</sup> dijo la artista en algún momento.



Utilería para *Titanic, a deep emotion*.

Fotografía propiedad de la artista.

Es esta perspectiva, esta forma de acercarse a un producto tan grande, al mismo tiempo reconociendo el sinsentido de la acción y asumiendo el deseo por hacerlo de todos modos, que me lleva a leerla en estos tiempos tan extraños. Pues veo reflejado en el proyecto de Bitrán cierta lógica demasiado similar a la cultura chilena que viene de abordar las soluciones desde la precariedad de los recursos, pero al mismo tiempo reconociendo la dignidad en ello.

Lo primero que se me viene a la mente es el maestro chasquilla, ese caballero que llega y arregla lo que esté malo como sea. No importa si el arreglo que hay que hacer después es peor, o si el arreglo mismo es un *collage* de restos, basuras,

---

<sup>1</sup> Esta y otras citas de la artista provienen de un artículo de Antonia Taulis para Artishock, bajo el contexto de la exposición de Bitrán en el MAVI el año 2016. “Arte, cine y parodia: el Titanic de Claudia Bitrán” se encuentra aquí: <https://artishockrevista.com/2016/02/26/arte-cine-parodia-titanic-claudia-bitran/>

cachureos puestos en marcha de una forma que desafía toda ley natural. Se me viene a la mente, luego, una de mis profesoras en la Escuela de Arte, que en alguna clase de Taller nos dio lo que hasta ahora me sigue pareciendo una de las mejores enseñanzas que me dieron a lo largo de la carrera: para ser artista visual es necesario ser tu propio maestro chasquilla.

Esta idea me da vueltas y vueltas en la cabeza cada vez que pienso en este *Titanic*. Qué comentario más real para la producción artística en Chile. Arreglárselas con lo que hay y trabajar para encontrar, paso a paso, un poco más de donde agarrarse. Y es, de seguro, cómo muchas personas funcionan en Chile.

He visto fotogramas, extractos, escenografías, pero lo que más espero ver es la película en conjunto. El resultado de la mezcla de los cientos de medios que utilizó la artista, unido en un solo resultado. Quiero ver ese *collage* que desafía toda ley natural. Un Jack de cartón, seguido de uno digital, seguido de uno personificado por un actor aficionado que es todo lo contrario a DiCaprio.

El solo pensar esto me provoca sensaciones mixtas. Espero expectante la mezcla de medios, el salto de uno a otro y la ruptura constante que significa. Pero también, quizás desde un lugar más morboso, quiero ver cómo desmantela la película de Cameron y la convierte en un Frankenstein audiovisual. Algo así como ponerle una pantalla china a tu celular de seiscientos lucas. Y reírte de la situación, pero no importa, ahora ese celular es más tuyo que antes, porque ya no es el de fábrica, no lo puedes cambiar ni con tu garantía extendida de dos años.

Pero no lo hago sin dudar. O sin congelarme un poco frente a las dimensiones que alcanza su deseo de comunicar. Me llega a parecer angustiante incluso, porque emprende una tarea que sabe es imposible. Ni el presupuesto, ni el diseño, ni la consistencia estilística son las mismas que la película del 97, así que su alcance comunicacional tampoco tiene por qué serlo. Tengo la impresión de que, desde el evidente y entretenido fracaso inicial, el de asumir que su *Titanic*, jamás va a ser, materialmente, el mismo que recaudó millones, hay otro fracaso. Un fracaso comunicacional, si así puede decirse. De quien sabe que habita dos mundos distintos, arte y cine comercial, que de por sí tienen muy pocos puntos de



*Stills.*

Propiedad de la artista.

comunicación. Y aún menos puntos en donde se relacionen de igual a igual, en donde el arte no mire con desconfianza al cine comercial o en donde éste no se burle de las pretensiones del arte.

Supongo que desde aquí también se puede entender la fascinación de Bitrán por el contenido pop. Considerando sobre todo que no es la primera vez que trabaja en torno a este tema. Antes de iniciar este proyecto recreó videos musicales de Britney Spears e incluso participó en un programa de imitadores personificándola.

Son gestos como éste, o el de insertarse a ella misma como la protagonista en *Titanic*, los que demarcan una relación ambivalente con el contenido que interpela en sus obras. Está claro que disfruta inscribirse dentro de estas narrativas de estrella del pop, de la protagonista de un drama romántico. Pero también se ve que no lo hace desde un consumo ciego y tampoco de una celebración vacía de esas fantasías.

La artista dice “Siempre he sentido un vacío muy grande cuando miro imágenes masivas; me dan mucho placer, pero me angustian mucho también. Es como una desconfianza súper melodramática, y siento que ninguna imagen tiene alma, y siempre estoy tratando de llenar ese vacío”. ¡Y lo entiendo tanto! Es tomar un rol activo en el hacerse cargo de ese placer culpable que

años y años en el mundo del arte o en la Academia no te van a quitar, pero que te vas a cuestionar una y otra vez.

Claudia Bitrán tenía once años cuando vio *Titanic* por primera vez. Haciendo un ejercicio similar, me pregunto qué habría trabajado yo ¿Camp Rock? ¿Los Jonas Brothers? Mi punto es que en contenidos como estos (los míos y los de Bitrán), hay una clara estructura que incita, especialmente, a niñas y adolescentes a querer ser parte de estas narrativas, ya sea desde el *sex appeal* de Britney o la promesa de amor de Jack y Rose. Y lo especial en Bitrán es que, en lugar de negarse a hacer frente a esta realidad, ella juega con esta.

En vez de situarse en un lugar de superioridad, se permite coquetear con la idea de caer presa en estas narrativas. Me parece que aquí se puede comenzar a vislumbrar su relación con la parodia en el arte. No es de superioridad moral, ni hacia el mundo del arte o a los medios masivos. En su lugar, Bitrán hace uso de un lenguaje que, como dice el filósofo Sergio Rojas, trasciende el cinismo de la ironía, no se deja llevar por un pensamiento nihilista, sino que ve en el espacio del pop una oportunidad<sup>2</sup>. Una oportunidad que consiste en este permitirse jugar. Jugar a ser Britney, jugar a ser Rose.

Pero bajo sus propias reglas.

Si antes hablé del maestro chasquilla, ahora pienso en la figura de las *fangirls* que crean millones de contenido en torno a sus artistas favoritos: historias, dibujos, videos, etc. Usualmente miradas en menos y ridiculizadas por la libertad con la que dejan llevar su imaginación. No me parecería accidental que Bitrán esté, en cierto modo, tendiéndoles una mano, incluso elogiándolas. Pues este espacio, el de las adolescentes creando en torno al contenido que llama su atención, es uno de los pocos en donde se proyecta la misma libertad para habitar la fantasía que propone esta artista. Y la comparación no se queda solo ahí, porque se ve mucha de la misma energía *DIY* en Bitrán como en las *fans*. Ese arreglárselas con lo que hay,

---

<sup>2</sup> En una entrevista con Marcela Ilabaca para la Revista Artishock, Rojas plantea varias ideas interesantes para pensar la obra de Bitrán. “Habitar el tiempo del fin”, la entrevista, se encuentra en este enlace: <https://artishockrevista.com/2020/06/24/entrevista-sergio-rojas/>

crear desde la nada. Darle sentido al producto que se les entrega a través de la creación. Insertarse en ese relato que intenta alimentarse de ellas y hacerlo suyo.

Sin ir más lejos, hace unos días una casa de modas publicó un cuadernillo que explica cómo hacer una de sus prendas: un chaleco de lana que, el cantante y ex miembro de *One Direction*, Harry Styles utilizó en una aparición en público. Esto luego de que miles de fans (a veces incluso con ayuda de sus madres y abuelas) comenzaron a crear sus propias versiones de la prenda, publicando resultados y tutoriales en línea. Así, un chaleco de más de mil quinientos dólares pasó a ser un ícono de la cultura *DIY*, llegando incluso a las páginas de la revista *Vogue*. Todo gracias a las chicas que encontraron, en sus propias manos, una forma de acercarse a su artista favorito.

Maestro chasquilla, *fangirl*, Claudia Bitrán. Hágalo usted mismo, pero hágalo bacán. Ocupe cartón reciclado, mangas plásticas, dibuje a su personaje favorito al lado suyo, imagínesse una historia de amor con él. Pero siempre con la conciencia de que con la primera lluvia del año, el cartón se echa a perder y siempre con la certeza de que el dibujo es suyo, pero no el personaje.

Lo que quiero rescatar, al comparar a Bitrán con estos personajes tan aparentemente aleatorios, es la figura de quien se sabe perdedor, pero en ese saberse perdedor, encuentra la victoria de crear sus propios medios. De salirse de los estándares en donde fracasa y crear los suyos, en donde ni siquiera sale victoriosa porque los diseñó ella misma, sino que porque deja a la necesidad guiar la obra. Ya sea de construir, de jugar, de grabar, de fantasear.

El *Titanic* de Claudia Bitrán parece querer abarcarlo todo, pero al mismo tiempo reconociendo la imposibilidad de la tarea que se propone. Por un lado se encuentra esta ambición ciega de encontrar un producto conocido por todos y crear una reproducción que abarque todos los medios posibles. Por el otro, está la estética *DIY*, el “hágalo usted mismo” que lleva tiempo siendo parte de la obra de Bitrán.

Se produce, entonces, una aparente contradicción, que enfrenta los aires de grandeza de la tarea titánica del querer abarcarlo todo, con las soluciones de un

maestro chasquilla. Pero esto no tiene nada de contradicción, al menos no en este proyecto. Pues aquí hay una especie de silenciosa dignidad que va más allá de la (agradable) parodia. Hay aquí una transparencia en los materiales, en los modos de abordar el trabajo: pedazo por pedazo, beca por beca, peso por peso, que habla tanto de la labor del artista en este país, como del chileno promedio.



Panorámica de los sets montados en "Profundo" (2016), la exposición de Bitrán en el MAVI.

Propiedad de la artista.

Por último, me permito hacer una comparación entre el consciente fracaso de Bitrán, con el inconsciente fracaso del gobierno en el manejo de la pandemia, que es lo que, en primer lugar, me llevó a pensar la obra de esta artista en el contexto que estamos viviendo.

Bitrán emprende una tarea imposible y lo hace con la conciencia de ello. Esta tarea imposible no se refiere al mero recrear la película de 1997 escena por escena, sino que también reescribir su alcance comunicacional, habitarlo de alguna forma. Ese habitar viene de la mano de materiales precarios y un manejo organizacional envidiable por parte de la artista, pero sobre todo eso, la precariedad. Precariedad, pero no caricaturizada como tal, sino que como realidad material de una artista joven. Puesto así, suena hasta una decisión práctica. Es esa dignidad que mencionaba al principio, en donde el resultado es mucho más que sus materiales.

Pero, en su contraparte, estamos nosotros (Chile, su gobierno, representantes, autoridades, ciudadanos), que aún no nos reconocemos incapaces. Aún no nos damos cuenta de que nuestros recursos no pueden ser manejados bajo estándares

primermundistas, así que estamos fallando. Y tampoco pretendo dar lecciones de cómo manejar un país, pero tal vez si adoptáramos la dignidad de quien se sabe perdedor, podríamos liberarnos de estos estándares y crear recursos y soluciones propias.

Muy de maestro chasquilla y muy de adolescente escribiendo historias de amor con Harry Styles, pero también muy de alguien que es consciente de qué tiene y cómo utilizarlo.